

Conferencias organizadas por la "JUNTA DE CULTURA VASCA" para el ciclo de 1918

LA LUCHA POR EL IDIOMA PROPIO

CONFERENCIAS

DE

D. LUIS DE ELEIZALDE

BILBAO-1918

BILBAÍNA-DE ARTES GRÁFICAS

JUAN J. ROGHELT

PRIMERA CONFERENCIA. — SUMARIO.

EL IDIOMA PROPIO, SIGNO EXTERIOR PRINCIPAL DE LA NACIONALIDAD. — REACCIÓN DE LA PALABRA SOBRE LA IDEA Y EL SENTIMIENTO: LA CONQUISTA DE LAS ALMAS POR MEDIO DEL IDIOMA. — DISTINCIÓN ENTRE IDIOMAS Y DIALECTOS: FALSAS IDEAS ACERCA DE ESTE PUNTO. — A IDIOMA DISTINTO CORRESPONDE NACIONALIDAD TAMBIÉN DISTINTA. — RADICAL AUTONOMÍA LINGÜÍSTICA DEL IDIOMA VASCO. — BASES PARA UNA CLASIFICACIÓN CIENTÍFICA DE LAS LENGUAS. — EL GRUPO INDO-ARYA, Y LAS TRES LENGUAS-ISLAS DE EUROPA. — SEPARACIÓN COMPLETA DEL IDIOMA VASCO RESPECTO DE LAS LENGUAS UGRO-FINESAS. — LA AUTONOMÍA DEL IDIOMA EN ESTRECHA RELACIÓN CON LA PERSONALIDAD DEL PUEBLO. — REACCIÓN DEL PUEBLO VASCO SOBRE SÍ MISMO: IDEAS DIRECTORAS DE ESTE MOVIMIENTO, Y DOBLE ASPECTO DE ÉL. — LA SITUACIÓN ACTUAL: NI PESIMISMO NI OPTIMISMO EXTREMADOS. — LO QUE URGE: LA PREDICACIÓN DEL EJEMPLO. — CRÍTICA SITUACIÓN DE ÁNIMO DEL PUEBLO EUZKELDUM. — ALGUNAS VÍAS DE REPARACIÓN.

LA LUCHA POR EL IDIOMA PROPIO

PRIMERA CONFERENCIA

ESTE tema que me ha sido señalado de «La lucha por el idioma propio», no podré tratarlo sino como lo veo, y no lo veo más que a la luz de la teoría de las nacionalidades. Que nadie se asuste, sin embargo: no voy a herir las susceptibilidades políticas de nadie. Creo que se puede y se debe hablar de las nacionalidades sin ninguna segunda intención de orden político. Se puede discutir indefinidamente si la división del género humano en nacionalidades diversas, muchas veces incompatibles, en ocasiones cruentamente hostiles, es un mal o es un bien. Hay partidarios de las dos opiniones: los hay también de una tercera, en cierto modo mixta de ambas, que consiste en admitir que esa división de la humanidad en nacionalidades es originariamente un mal, pero susceptible de producir bienes. Todo ello se puede discutir indefinidamente. La historia, la sociología, la ciencia política, la filosofía y la religión, aportarán sus espíritus e ideas, como elementos de combate en pro de una u otra de estas tendencias. Pero lo que no se discute es el hecho mismo de la división del género humano en grupos nacionales, en nacionalidades. No digo en grupos políticos independientes, o *Estados*, sino en grupos sociales naturales, sean o no independientes, en colectividades de familias que mantienen entre sí un nexo distinto del que pueda unir las con las de otras agrupaciones análogas: en una palabra, en «nacionalidades». Ese nexo que une entre sí a los connacionales y los diferencia de los extranjeros,

tiene un signo principal, que es el *idioma propio*. Advertid que no digo que el idioma propio sea en sí mismo el nexo nacional, no: el nexo nacional es, esencialmente, una comunidad de sangre, de remoto origen, de tradiciones fundamentales, de aspiraciones y deseos relativos a la nacionalidad misma y, derivadamente, una percepción más o menos clara de cierta solidaridad trascendente que une entre sí a los connacionales y los separa de los extranjeros.

El idioma propio es el signo exterior principal de la nacionalidad; no el único signo de ella, pero sí el principal. Y es el signo principal, porque hace relación inmediata a la inteligencia, al paso que otros signos sólo mediatamente hacen relación a esta facultad.

Advertid también que hablo de idioma «propio», históricamente conocido como tal. Puede ser que todavía nos encontráramos con algún alabés, con más de un nabarro, que abrieran los ojos tamaños de sorpresa al oírnos decir que no hablan su idioma propio, que hasta ese punto suele oscurecerse a veces la conciencia de la propia nacionalidad. Pero a ese alabés o a esos nabarros podríamos decir con toda verdad: «Tu idioma propio es ese de tus apellidos, es ese en el que tienen significación los nombres de tu pueblo, de los términos que lo constituyen, de los campos que lo sustentan, de los montes que lo resguardan, de los ríos y regatos que lo bañan. Tu idioma propio es ese cuyos modismos conservas aún, por herencia, tan fuertemente adheridos al cerebro que, sin darte tú cuenta ninguna de ello, se te escapan todos los días y a todas horas en tu conversación castellana, en ese castellano que llevas construido artificialmente sobre un *substratum* euzkérico.»

Y el idioma propio, además de ser el signo principal de la nacionalidad, no queda reducido a ser un mero producto, aunque primordial e importante del alma nacional, sino que en virtud de leyes no bien formuladas todavía, aunque sí perfectamente constatadas en sus efectos, reobra sobre las facultades intelectivas que lo producen. La idea y el sentimiento engendran la palabra, ciertamente; pero es también cierto que la palabra reacciona sobre el sentimiento y la idea; por eso hay, en todos los idiomas, palabras «intraducibles», palabras que reobrando sobre el sentimiento o la idea cuya expresión han sido, llegan a comunicarles un

matiz especial, propio, peculiarísimo. Y en otro orden de cosas, tampoco es otra la razón que mueve a las naciones dominadoras a imponer su idioma a los pueblos dominados. Porque, ante todo, lo que los dominadores tratan de conquistar, de ganar, de asimilarse, son las almas; tratan de que los dominados se conviertan, espiritualmente, en una porción de ellos mismos, en una prolongación del país dominador; y para esta conquista y asimilación de las almas—que es la principal conquista, porque no olvidemos que a la corta o a la larga, lo moral se impone siempre a lo material y lo subordina—para esta conquista y asimilación de las almas, el arma eficaz es el idioma.

Creo que, al llegar a este punto, no será ociosa una pequeña digresión sobre la tantas veces, y a veces tan absurdamente debatida cuestión de los idiomas y los dialectos, Si no hay algún interés especial en embrollar esta cuestión, en retorcerla, en oscurecerla—que sí suele haber ese interés—no es ella tan confusa que no admita algunos puntos de referencia aceptables por todos. Claro es que en el espíritu de los Estados uniformistas, por lo menos en el sentir del Estado español, «idioma» es sinónimo de lengua oficial, y de consiguiente, por exclusión, toda lengua que no tenga carácter oficial, así sea por otra parte más antigua que los Vedas, se denomina «dialecto». Tal clasificación, por lo simplista y hasta simple o simplicia, está al alcance intelectual de cualquier bombero que sepa leer y escribir, y sirve a maravilla a ciertos fines políticos, de los que no hay aquí para qué hablar; pero las cosas, en sí mismas, son un poco más complicadas, sin serlo en grado extraordinario. Todos tenemos la idea de que una lengua merecerá el nombre de «idioma» cuando posea una especie de personalidad propia, gramatical y literaria, cuando se halle en posesión de cierta autonomía gramatical, de tal suerte que no reciba ya influencias en este orden de ninguna otra lengua, aunque de ésta se derive más o menos remotamente. Caracterizarán, de consiguiente, gramaticalmente a un idioma la flexión verbal propia y la sintaxis también propia, no tanto el léxico propio; lo caracterizarán literariamente los modismos propios, la peculiar fraseología. Todo esto, como observamos, nada tiene que ver con una ley votada en Cortes o con un Real Decreto que declare la oficialidad o no oficialidad

de una lengua. En cambio, un dialecto es un habla subordinada a otra, no autónoma por sí misma, un habla principalmente caracterizada por diferenciaciones fonéticas y lexicológicas, no por la flexión verbal ni por la sintaxis. Podemos, pues, decir en imágenes que el dialecto es un ramaje del idioma, pero no un árbol autónomo como lo es éste. Lo que alguna vez podrá ocurrir es que el ramaje dialectal, segregado de su árbol y trasplantado en condiciones favorables, se convierta a su vez en árbol autónomo que vive de su propia savia. Y aún podrá ocurrir que el suelo de este trasplante sea de condiciones agronómicas distintas del anterior, y que el nuevo árbol reciba ingeritos que no obraron sobre el primitivo. En estas condiciones, es evidente que el trasplante, sin variar de especie, presentará por lo menos un aspecto exterior bastante diferente del árbol de su procedencia. Esta es la imagen suficientemente exacta del proceso evolutivo por cuyo medio puede pasar un dialecto a ser idioma, y es lo ocurrido con los idiomas neo-latinos, o «romances», y muchos siglos antes que con ellos, con los idiomas indoeuropeos, a cuyo grupo pertenece el latín, padre de todos aquéllos. Pero esto mismo nos enseña que así en el orden de las ideas como en el de los hechos, el idioma es anterior á cualquiera de sus diferenciaciones dialectales, y diríamos que «trascendente» respecto de ellas.

A la idea de «idioma» corresponde el concepto de «nacionalidad»; a la idea de «dialecto», el de «regionalidad». Así también, la nacionalidad es «trascendente» respecto de la regionalidad.

Así bien, cuando varias lenguas, enlazadas por mutuo parentesco, nacen en una época que dentro de ciertos límites bastante restringidos es la misma para todas ellas, no podrá decirse con verdad que una de ellas sea un dialecto de otra de su mismo grupo. La razón es que la rama jamás es coetánea de su tronco; y esto puede afirmarse con evidencia de las tres principales lenguas románicas que se conocen en esta Península, son a saber: el castellano, el catalán y el gallego. Todas tres nacieron hacia una misma época—entre los siglos x y xii, la época románica del arte—de consiguiente, ninguna de ellas es madre de las otras dos. Todas tres pertenecen a pueblos que, para mí, son tres

distintas nacionalidades, distintas aunque próximamente emparentadas—como distintas aunque brotadas de un mismo tronco son sus respectivas lenguas.—Lo que puede haber ocurrido es que, por circunstancias políticas o históricas, una de estas nacionalidades se haya superpuesto a las otras, llegando a infundirlas total o parcialmente su espíritu y su alma, y con ellos su habla. Y en estas condiciones, la rama lingüística, que es propia de la nacionalidad predominante, por recibir más abundante y vigorosa savia, puede aparecer casi como un tronco lingüístico con relación a sus ramas hermanas, menos medradas y nutridas. Lo cual inducirá, acaso, a algunos espíritus ligeros, propensos a examinar someramente las cosas, a considerar a las ramas menos lozanas como meras diferenciaciones dialectales de la más robusta y vigorosa. Pero, en verdad, el tronco del que proceden todas esas ramas románicas, el tronco con relación al cual eran originariamente dialectos todas esas hablas romances, murió, há ya más de mil años, y sólo conserva sus restos, como veneranda reliquia de muertas edades, la Iglesia Romana en el panteón lingüístico de su liturgia.

Pero nuestra lengua vasca—la lengua en la cual debería yo ahora hablaros si los vascos nos acercáramos en algo a lo que el deber nos manda que seamos—esta lengua vasca no es rama de ningún tronco conocido, ni moderno, ni antiguo, ni antiquísimo. En este concepto—que no es el único de la cuestión, pero sí de los más importantes—la lengua vasca es más idioma que cualquiera de las españolas, porque éstas pertenecen a la ramificación latina, y el euzkera no; es también nuestra lengua más idioma que el griego o el alemán o el celta o el sanscrito, porque todas estas antiguas e importantes lenguas pertenecen al tronco indoeuropeo, y el euzkera no; más idioma que la lengua sagrada del Antiguo Testamento, de los salmos y de los profetas, porque esta lengua —ilustre en la historia del monoteísmo y de la Religión verdadera— está clasificada en el grupo de los idiomas semíticos, y nuestra lengua vasca ha resistido hasta hoy a su inclusión en ninguna de las clasificaciones conocidas. Esta autonomía absoluta del tronco vasco en todo el inmenso bosque lingüístico del género humano—en cuanto ha podido hasta la fecha ser explorado—¿no será

suficiente para atribuir al habla vasca el título antonomástico de «idioma»? ¿No será suficiente para afirmar, en tal concepto, la indiscutible nacionalidad del pueblo cuyo idioma propio es ese idioma verdaderamente singular, único, aislado? Pero he aquí que lo que en este aspecto constituye nuestra invencible fuerza es también, desde otro punto de vista, el origen de nuestra debilidad, según señalaremos luego.

Por ahora conviene que ahondemos un poco, no mucho por no entrar en áridas explicaciones, este punto de la absoluta autonomía lingüística del idioma vasco.

Esa autonomía del idioma vasco no procede desde luego, de su carácter, más o menos auténtico, de lengua aglutinante; porque probado está suficientemente que el monosilabismo, la aglutinación y la flexión, lejos de ser caracteres que permitan clasificar las lenguas en grupos fijos e irreductibles, no son más que estados diferentes por los que toda lengua puede pasar normalmente en el ciclo de su evolución. Así, las lenguas románicas están a punto de convertirse en aglutinantes, y el inglés tiende a ser lengua monosilábica. Y al contrario, Conrady ha demostrado que el idioma chino, que era clásico ejemplo de las lenguas monosilábicas, ha sido anteriormente un idioma de aglutinación.

Lo que para una clasificación científica de las lenguas y para la formación de grupos de ellas importa conocer principalmente son las leyes de la construcción, el juego y mecanismo del verbo, los caracteres semánticos, morfológicos y fonéticos de la afijación, la colocación del sujeto y del predicado en las oraciones, la de los elementos regente y regido, etc. Atendiendo a estos caracteres fundamentales, a estos principales puntos de referencia, la lingüística ha podido constituir el gran grupo indo-europeo o indo-arya, que se extiende desde Islandia hasta las bocas del Ganges. Esa inmensa área indo-europea, comprende las cuatro quintas partes de la India, Afghanistan, Persia, Armenia y casi toda Europa; no toda Europa, porque tres lenguas europeas quedan completamente fuera de esta enorme extensión lingüística: los idiomas finés, magyar y vasco.

De estos tres idiomas europeos que no pertenecen al tronco arya, los dos primeros—el finés y el magyar—son entre sí parientes, como pertenecientes a la rama ugro-

finesa, caracterizada entre otras peculiaridades, por incorporar al verbo el régimen directo de tercera persona. El finés y el magyar dicen, en una sola palabra, «Yo lo veo», «Yo lo traigo». El magyar y el vogul avanzan más en esta incorporación, llegando a aglutinar en la flexión verbal el régimen directo de segunda persona: «Yo te veo», «Yo te miro». El mordwin, otra lengua del mismo grupo, llega hasta la aglutinación del régimen directo de primera persona. Pero nuestro Euzkera, dejando muy atrás a todas esas lenguas polisintéticas en potencia de aglutinación y en riqueza conjugativa, incorpora en su flexión verbal toda especie de regímenes directos e indirectos, con sus matizaciones pluralísticas, amén de gran número de otras partículas designativas de tiempo, lugar y modo, con tan rico, prolijo, y al mismo tiempo delicado mecanismo que realmente no se concibe posibilidad de llevar más allá la utilización de los recursos conjugativos de un idioma. Todos lo sabeis, y no quiero insistir en este punto; pero sí adelantaré, sin temor ninguno, la afirmación siguiente: si, por imposible hipótesis, desapareciese un día el léxico propio del Euzkera, y fuese sustituido por otro léxico de prestado, fuese éste latino, germánico o eslavo, bastaría que el Euzkera conservase su propio mecanismo de conjugación para seguir siendo un idioma muy poco menos autónomo que hoy día, tan irreductible como hoy a ninguno de los grupos lingüísticos conocidos.

Esto es ya algo, y algo muy importante para nosotros los vascos, a causa de la directa relación que ello guarda con nuestra personalidad como pueblo.

Porque, en efecto, encontraremos constantemente en el común sentir de las gentes grabadísima la idea de que existe una cierta relación estrecha y directa entre la autonomía lingüística de un idioma y la personalidad del pueblo cuyo idioma propio es aquel. Y el hombre normal, el hombre sano de espíritu, ama su personalidad más que la propia vida. Quiere mejorar, ciertamente; aspira sin duda ninguna a progresar; pero sin perder un átomo de su personalidad, de la fisonomía especial de su espíritu, del corte personal de su alma. Y lo que al hombre angustia e inquieta en el problema horrendo de la muerte es este otro problema, igualmente trágico, de la subsistencia personal; de tal suerte que

una felicidad eterna, sumergidos en los senos infinitos de la divinidad, pero con absorción de nuestra personalidad por la personalidad divina—el «nirvâna», en una palabra—la rechazaríamos todos, como equivalente con la nada.

Y asimismo, cuando los pueblos tienen conciencia de su personalidad, les es ella más cara que todo, sin excluir la propia existencia. Por eso, en los momentos de fermentación del sentimiento popular, cuando la conciencia de la propia personalidad en peligro atenace a los corazones y angustia las almas, surgen dando alaridos los poetas populares, y exclaman como el nuestro:

¡Il nayago dot
Ikusi baño
Abeñaren amaya!...

¿Y por qué será que el idioma imprime un carácter tan decisivo en los rasgos personales de un pueblo?... A mi juicio, porque una raza humana es algo más que un compuesto orgánico diferenciado. Esta concepción puramente naturalista, perfectamente aceptable en Zoología y en Botánica, no es suficiente tratándose del hombre que es, ante todo, un compuesto de cuerpo y de alma racional, inteligente y libre. Ciertísimo que la base de la existencia humana, en esta vida, es el *substratum* material, este cuerpo que arrastramos cuando él no nos arrastra; pero no es menos cierto que el hombre sólo es hombre por la luz intelectual que se enciende en su cerebro, por los actos libérrimos de su voluntad, por la exquisita y delicada floración de su sentimiento; en una palabra, por todo lo que constituye su personalidad, por todo lo que al hombre establece en categoría «trascendente» sobre la creación visible. De consiguiente, para determinar el carácter de una raza, de una nacionalidad, no bastan las medidas craneométricas; es preciso tomar en consideración la actividad intelectual del conjunto, cuyo principal signo y a la vez medio es el idioma. El idioma, en efecto, refleja en su organismo los más delicados matices de las ideas y de los sentimientos, es el espejo fiel del *complexus* intelectual del alma, el inventario de los conocimientos de un pueblo—a veces la medida de su degradación—y de todas maneras, la auténtica representación del carácter y del grado de cultura de un pueblo.

Y no sabrá acaso el pueblo decir estas cosas, pero las siente perfectamente. Cuando ese pueblo no está degradado ni envilecido, cuando todavía no ha caído bajo la perniciosa influencia de una pedantería libresca y vana que le intima la rendición de su idioma y de su alma a cambio de imaginarias culturas—cuyos ejemplos jamás pueden presentarse—a trueque de pretendidas civilizaciones—cuyos apóstoles y efectos harto llegan hasta nosotros para que no nos demos cuenta de su valor moral—cuando el pueblo, poseyendo conciencia de su personalidad propia, sabe sustraerse de esos letales influjos, es bien seguro que tratará de defender su idioma, como pueda, como sepa, pero dándose cabal cuenta de que, con el idioma propio, quieren arrebatárle el primero de los signos de su personalidad, y después su personalidad misma. A la erudición intelectual suple en el pueblo la clarividencia del instinto, al oblicuo razonamiento ergotista el golpe certero de la intuición.

Hay todavía mucho más. Sin llegar, en este punto, a admitir de un modo total las ideas de De-Maistre para quien, rotundamente, toda degradación individual o nacional se refleja inmediatamente en una degradación proporcional del lenguaje, no deja de ser verdad que al perder su idioma el vasco pierde también, en general, aquella dignidad instintiva, aquella cortesía natural, aquel respeto de sí mismo que siempre lo distinguieron entre todas las naciones. Es un hecho constantemente observado, no sólo en nuestro pueblo, sino en todos los que por el camino del bilingüismo se hallan en vías de abandonar el idioma propio para adoptar uno extraño, sea el que fuere. Cortada su raigambre en el pasado, la inteligencia del pueblo pierde, con el idioma propio, su mejor instrumento, su agilidad, su originalidad. Todo le interesaba antes con el idioma propio; nada le atrae ahora con el idioma extraño; sobreviene el hambre mental en estado endémico, la consunción intelectual de una raza. Lingüísticamente, jamás se castellanizará el euzkeldun: no pasará de ser un castellanoide, torpón de expresión, un «alalo», puesto que está de moda la pedantesca palabreja. Desde el punto de vista moral, un pueblo que pierde su idioma está fatalmente condenado a degradarse por el contacto del utilitarismo y del materialismo de la sociedad industrial y centralizada de hoy, por la acción

corrosiva y disolvente de la baja prensa de las ciudades, por la inevitable tendencia a copiar lo peor y más vicioso del carácter extraño, porque es lo más fácil de copiar. Un hecho de constante observación en nuestro País es que ni la blasfemia letritaria ni la insufrible y hedionda obscenidad del lenguaje conviven con el uso exclusivo del idioma vasco. Asimismo, las estadísticas de la criminalidad siguen hablando muy en favor de las comarcas exclusivamente euzkeldunes de nuestro País, no tanto por las regiones que son ya bilingües, aún menos por las que perdieron el idioma propio. No es en estas últimas comarcas superior el bienestar económico y social al de aquellas primeras, sino todo lo contrario, aun con mejores condiciones materiales—y es explicable que así sea, puesto que lo moral rige y subordina a lo material. ¡Qué más!... El paisaje mismo de nuestro País difiere de las comarcas erdéricas a las euzkeldunes: diríase que al retirarse el idioma propio, sin destruir enteramente la fisonomía especial de la tierra vasca, la ha dejado una belleza melancólica y mortecina, como un irredentismo de paisaje.

Los vascos han acabado por comprender. Los quince o veinte años últimos han servido para que el pueblo vasco se diera a un examen de conciencia detenido y minucioso, de consiguiente fructífero. Nuestro pueblo ha llegado a comprender que toda lucha exclusivamente política es del todo estéril y hasta perjudicial por lo que tiene de turbulencia y desorganización. No basta, no, que nos agitemos por la autonomía y aun por la reintegración foral: estas reivindicaciones vendrán en una u otra forma; las traerá el tiempo que en este sentido trabaja por nosotros. Pero debemos comprender, y comprendemos ya, que en la vida de nuestro pueblo hay algo que está muy por encima de la política, de los políticos y aun de la misma reintegración foral, y ese algo vital y trascendente es la nacionalidad misma. Debemos comprender, y comprendemos, que sería totalmente vano volver a reunirnos en Juntas Generales o en Cortes Soberanas, dotadas del poder legislativo integral que esas Asambleas poseyeron, si detrás de tal aparato político no había de encontrarse un alma vasca capaz de vivificar todo el organismo. Debemos comprender, y comprendemos, que lo necesario, lo capital, es preservar y re-

generar la nacionalidad, reanimar por medio de la educación las fuerzas espirituales de la raza, reconstituir su patrimonio moral, crear en el pueblo el gusto de la iniciativa y del esfuerzo rectamente encaminado hacia su propia elevación. Esta labor no puede ser exclusiva de un hombre, ni de una clase de hombres: no puede encomendarse solamente a un partido ni siquiera a una federación de partidos. Este espíritu de reforma, de regeneración interior, aunque nacido en unos pocos cerebros clarividentes, deberá ir infiltrándose de un modo progresivo en todas las clases de nuestro pueblo, deberá ir ganando en extensión e intensidad, y creo prever que, prácticamente y en lo relativo a la lucha por el idioma propio, este espíritu podrá tomar la forma de dos movimientos principales, distintos aunque paralelos, o mejor, convergentes: la acción por generalizar el uso del idioma vasco en la vida pública del País, y la acción por adaptar este idioma, arcaico pero flexibilísimo, a las necesidades intelectuales de la vida moderna.

Acerca del primer punto, o sea de las condiciones en que actualmente lucha, abandonado a sí propio, el idioma vasco con los más pujantes y mejor pertrechados que tratan de suplantarle, creo que nuestra situación, sin ser buena, ni es desesperada ni siquiera tan mala como la de otros pueblos europeos que pugnan también por sus idiomas propios. En este punto, lo razonable y lo prudente es apartarse por igual del negro pesimismo, según el cual no puede hacerse nada por el idioma vasco—excusa de apáticos y de cobardes—y del plácido optimismo, que induce también a la inacción sosteniendo que no hay nada que hacer por nuestro idioma. La verdad surge entre estos extremos: hay mucho que hacer por el idioma vasco, pero se puede hacer mucho. Y lo primero que debe hacerse es rechazar firmemente, implacablemente, la sugestión de que el idioma vasco esté condenado a extinguirse por ley inexorable e inevitable. Cuando vemos en la historia que un pobre dialecto etrusco-sabino, primitivamente hablado por rudas tribus de agricultores y de pastores ha podido llegar a ser la gran lengua latina, señora de casi todo el orbe conocido durante largos siglos y hasta ayer mismo el idioma de la cultura universal en todos los ramos del saber humano; cuando vemos que durante el siglo de oro de esa literatura latina, de tan

humildes orígenes, un puñado de tribus vascas resistía ya a esa enorme presión lingüística y que informes clanes de los bosques de Germania, acosados por todas partes por las invencibles legiones romanas, eran el sostén único de un idioma pobrísimo y gutural, desabrido y monótono, cuya comparación con el culto, florido y extendidísimo latín de la época hubiera movido a risa—y que, no obstante todo eso, a los mil años de muerto el latín, la lengua vasca siguiera viviendo y la lengua alemana llegase a conquistar el honorabilísimo puesto que posee en la universal cultura—cuando se ven esas que llamaríamos «paradojas históricas», hay derecho a rechazar las supuestas leyes inexorables que, según algunos, condenan a irremediable extinción a nuestro idioma. La verdad es que no sabemos una palabra del porvenir, ni hay más motivos para suponer la letalidad futura que el futuro renacimiento. Ambos son esencialmente contingentes, y la parte de la necesidad que cada una de esas direcciones tenga, dependerá principalmente de nuestra acción actual, de la clarividencia con que consideremos los problemas del momento, del método y la firmeza que pongamos en resolverlos. Y nada más, salvo siempre lo imprevisible, que puede ser adverso, pero puede ser también favorable; y que siendo en sí indiferente, como puede ser, nos dará margen para utilizarlo en el sentido que queramos.

La vida del idioma vasco, por otra parte, está íntimamente ligada con la vida de un pueblo cuya resistencia, vitalidad y energías están bien probadas en otros órdenes para que pueda sospecharse que flaquearán en este, si ese pueblo se da clara cuenta de la capital importancia del problema. No hay, además, nadie capaz de señalar un límite a las energías latentes de un pueblo, por reducido que sea, por débil que parezca; ni hay nadie capaz de predecir el desarrollo de las cosas futuras, todas ellas sujetas a las acciones imprevisibles y fortuitas, en tanto o mayor grado respecto de los pueblos que de los individuos. A causa de ello, el deber de los pueblos consiste en luchar por lo que estiman su bien, porque nadie puede predecir que ese bien no será alcanzado: «cumplir con el deber, venga lo que viniere» es la sana máxima que el común sentir de las gentes ha adoptado, y a la cual deben los pueblos ajustar su conducta,

Por lo mismo, se impone un intenso apostolado, una ferviente predicación, con la palabra y con el ejemplo. Esta predicación deberá dirigirse en primer término a la porción euzkeldun de nuestro pueblo, a aquella parte de nuestra población, importante todavía, cuya habla usual, habitual y casi siempre exclusiva es el idioma vasco. Esta gente euzkeldun, o la mayor parte de ella, se encuentra en una situación verdaderamente crítica que, a poco que se prolongue, abrirá el paso al bilingüismo y por medio de él á la pérdida del idioma propio, con todas sus desastrosas consecuencias. El aldeano euzkeldun ama evidentemente su idioma nativo, cuyo uso por personas de clase social superior le llena de satisfacción y de cierto orgullo, muy legítimo y muy puesto en razón. El desprecio a la lengua vasca y la vergüenza de no usarla no se encuentra todavía, por fortuna, en nuestras aldeas; esos bajos productos de la vanidad de *parvenu*, en combinación con la más selecta imbecilidad de espíritu, quedan reservados para ciertas gentes de las villas, acosadas por el flatulento afán de estar a tono con las clases supuestas de buen tono. El aldeano vasco, no; no está tan degenerado como el tendero enriquecido de las villas cuya chicuela, que a ratos maya en francés, aspira a pollita de la *crème* local. Pero el aldeano euzkeldun se encuentra con que, fuera del caserío y del *auzo* donde está enclavado, todo le habla, tanto por los ojos como por los oídos, en lengua castellana: las hojas del padrón municipal que el alguacil acaba de introducir por debajo de la puerta de la vivienda, los postes e indicadores de los caminos, los rótulos y muestras de los comercios, los cuadros y horarios de los ferrocarriles y tranvías, los anuncios y cartelones de funciones religiosas en las puertas de los templos, la mayor parte de los periódicos que llegan a sus manos, las citaciones y convocatorias que recibe de todos los centros y sociedades, los libros de enseñanza que el chiquillo trae de la escuela, por rural y montañesa que esta escuela sea, las hojitas piadosas que han dado a la chica en la función mensual de las Hijas de María—las conversaciones callejeras, sobre todo entre personas «ilustradas», los pregones municipales, las voces de salida de los trenes en las estaciones ferroviarias, las audiencias de los tribunales, muchas veces los sermones en los templos y

siempre las lecciones en la escuela rural—todo eso, y otras muchas cosas que son expresión de la vida pública, lo vé y lo oye en lengua castellana el aldeano euzkeldun. Y llega a pensar nuestro buen aldeano que la lengua vasca no sirve, ni aún en la Euzkel-Eña; que está fuera de uso como un trasto viejo digno de ser arrinconado al uso exclusivo del hogar, o para arrear a la yunta de bueyes en la heredad. Y aunque en el fondo de su corazón le parezca un pecado y una impiedad esta inducción a abandonar el idioma tradicional, acaso él mismo aconsejará al *mutil* que vaya pensando en aprender el «éformantze»—y de consiguiente en olvidar el Euzkera—y acaso proyectará enviarlo a la llanada alabesa, porque está visto y oído que el Euzkera sirve poco o nada.....

El peligro gravísimo e inminente para el idioma vasco está ahí: en que vaya reduciéndose y desapareciendo el área de población para el cual el Euzkera es todavía lengua viva; porque si el Euzkera llegase algún día a ser idioma muerto en toda la extensión del País Vasco, ¿quien podría comprometerse a resucitarlo?... Ya sé que los txeques ó tzechos han realizado el asombroso *tour de force* de réavivar su lengua nacional casi totalmente extinguida, y que ha llegado a ser completamente tzecha de lengua esa ciudad de Praga en la que hace cincuenta años el viajero e historiador ruso Pypine no encontró una sola persona que conociese el idioma propio. Pero la lengua tzecha no es un idioma totalmente aislado, como el Euzkera: aquella lengua eslava está en contacto con los idiomas eslávaco y polaco, muy poco diferentes del tzecho, y a éste ha podido infundir la lengua polaca la savia potente de su riquísima literatura. Nuestro caso, por desgracia, no es ese. La espléndida autonomía lingüística de nuestro idioma es, en este concepto, causa de su debilidad. Nosotros, los vascos, como en el otro extremo de Europa los fineses, nos encontramos aislados en medio de innumerables muchedumbres, de lengua y cultura completamente distintas e inasimilables para nosotros, obligados por tanto a valernos por nosotros mismos en todo y para todo. A ello debemos disponernos.

Lo que, de consiguiente, urge ante todo, es infundir en el aldeano euzkeldun la confianza en la validez de su idioma, llevar a su ánimo la convicción de que los tiempos de

proscripción suave, de ostracismo no confesado, del idioma vasco pasaron, y para no volver. Que las Corporaciones públicas y las sociedades particulares entren ya decididamente por el bilingüismo en sus rótulos, anuncios, avisos, publicaciones y documentos de todas clases. La Diputación de Gipuzkoa lo practica ya, desde largos años hace, con unánime aplauso y profunda satisfacción de todos los vascos amantes de este nombre, que por ser muy glorioso obliga a mucho. La Excma. Diputación del noble Señorío bizkaíno ha instaurado recientemente la misma práctica: no quiero que el momento presente pase sin tributar a esta ilustre Corporación mi aplauso más cordial, más sincero, más caluroso, un aplauso de toda mi alma vasca, sedienta de reparación y de justicia. Algunas sociedades particulares han comenzado también a practicar, en sus anuncios y avisos, este bilingüismo rehabilitador del idioma vasco: pero es todavía muy poco lo que en tal sentido se hace. Esta acción reparadora debe extenderse más y más: a todos nos alcanza el deber de cooperar a ella, y a ninguno faltará la oportunidad de cumplir alguna vez con este deber. Si de veras queremos colaborar en esta obra elemental, urgente y necesaria, bastará que pasemos sumaria revista a nuestros medios de acción; que si realmente deseamos buscar, veremos muy pronto que todo puede ser ocasión para nosotros de trabajar por la rehabilitación social del idioma vasco: nuestra casa, nuestros libros, nuestra residencia, las relaciones que cultivamos, nuestras distracciones predilectas, la influencia que adquirimos o que nos proporciona la suerte, nuestra profesión, y todo, en una palabra.

Y entre todo esto, en lugar preeminente, el ejemplo. Querámoslo o no, *regis ad exemplar totus componitur orbis*. Quiero decir que el ejemplo de las clases sociales de primera fila, débanla al nacimiento, a la fortuna o a la cultura intelectual, es siempre eficaz en el pueblo. El medio infalible de matar un idioma consiste en hacerlo descender, en el concepto del pueblo que lo habla, de signo principal de la nacionalidad—como realmente es—a signo de inferioridad social: esto es lo ocurrido con la lengua irlandesa, por cuya causa ese antiguo idioma se halla en situación harto más desdichada que el nuestro; esto mismo es lo que comenzaba a ocurrir con el Euzkera, y hubiera sido

el principio de la última e irremediable fase de la decadencia de nuestro idioma. Pero inversamente, un idioma cuyo uso estuviera casi exclusivamente limitado a las clases populares, y que comenzase de pronto a ser empleado, como habla ordinaria y corriente, por las clases cultas, por los hombres de carrera, por las gentes de distinción recibiría por razón de este mero hecho una rehabilitación social de incalculable trascendencia. Mientras en las familias distinguidas el Euzkera siga siendo la lengua que se habla a los niños hasta los diez años y a las muchachas de servicio, es inútil que pensemos en su restauración y cultura; porque este idioma seguirá siendo cada vez más, en el sentir de nuestras clases populares, un signo de inferioridad social, como la mancha azulada de las uñas que el mestizo melanizado oculta con vigilante diligencia. Pero si sintiéramos sincera y profundamente la necesidad de que los vascos permanezcamos siendo nosotros mismos, la necesidad de que nuestro pueblo euzkeldun conserve su vigorosa personalidad, a la cual se condicionan todas las elevaciones que pueden esperarse de un pueblo como el nuestro—esa necesidad obraría sobre nosotros como un látigo de fuego, como el duro viento del Norte que de unos pobres pescadores noruegos hizo en otros tiempos los Vikings, reyes del mar.

¡Y sería tan fácil, si quisiéramos!.... Ninguna de las objeciones que al uso continuo del Euzkera suelen presentar los euzkeldunes de las clases distinguidas, tiene, en efecto, ni siquiera apariencia de validez: todas ellas son frágiles argucias de la apatía, de la pereza intelectual, de la miserable vanidad de clase. «Estoy torpe en el uso del Euzkera»—es la alegación que más comunmente se oye.—Evidentemente, y sería el Euzkera un idioma ultraterreno si el desuso de él estuviera en razón directa de la facilidad de usarlo. En el idioma vasco, como en todos los existentes y posibles, la facilidad y la destreza se adquieren y conservan con el uso, y véase la clase de perogrulladas que nos obligan a recordar quienes con tan miserables excusas sólo prueban el flojo temple de sus almas. Otras veces se alega, especiosamente, lo reducido del léxico euzkérico, el pequeño caudal de voces de esta lengua que restringe notablemente, según dicen, el campo de la conversación. Así será, pero es bien notorio que los temas ordinarios de conversa-

ción en nuestra sociedad erderizada pertenecen siempre a la Metafísica trascendente, al Cálculo infinitesimal y al «Analysis situs». Ironías aparte, la objección es, en sí misma, nula, y probará, a lo más, un desconocimiento bastante completo del léxico euzkérico en quien la presenta. Con todo, aun en este caso, lo preferible es hablar en Euzkera, aunque sea con barbarismos, aunque sea con solecismos, aunque sea con un léxico prestado que solamente podría provocar las burlas de los necios. La cuestión es hablar, sea como sea, en Euzkera. Si las razones que existen para ahincarse por la conservación y la difusión de este idioma entrasen bien adentro de nuestros corazones, el movimiento de ánimo que de ello resultase nos impelería a hablar el Euzkera, y el uso continuo de esta lengua traería consigo el rápido enriquecimiento del léxico. Para las almas de buen temple, para los corazones valientes y decididos, las dificultades y aun las humillaciones de los comienzos suelen ser una exhortación a elevarse.

El aldeano vasco, el genuino euzkeldun, se sentirá más en su casa, más entre los suyos, si al pisar las calles de nuestras grandes poblaciones oye en su propio idioma la mayor parte de las conversaciones, y no solamente entre sus iguales sino entre las personas a las que por su aspecto y porte clasifica nuestro baseñitaf en grupo social superior al suyo; el aldeano estimará a su manera este esfuerzo de las poblaciones y de las clases cultas por recobrar la personalidad mental y moral del País Vasco, y será imposible que de todo ello no resulten alentado el vasquismo de nuestra clase rural y fortificada su adhesión a las características raciales—así como notablemente acortada la distancia espiritual que desde siglos atrás y para mal del País Vasco ha existido entre nuestras poblaciones aldeana y ruana—dos resultados inmediatos, y un beneficio superior a toda ponderación.

Pero es evidente que esto no basta, con ser ya mucho. Necesitamos prensa euzkérica sana, amena, fácil, para nuestras clases populares de aldeanos, obreros y pescadores. En este punto, hace ya años que nos llevan gran ventaja nuestros hermanos los vascos de allende el Bidasoa, con sus popularísimos semanarios *Euskhualduna* y *Eskhualdun ona*. Es verdad que en vano buscaríamos entre nues-

tros aldeanos la afición a leer tan generalizada entre los vascos transpirenáticos. Parece ser que esa afición se crea y fomenta en las escuelas primarias francesas, por término general excelentes; al paso que las escuelas oficiales de nuestro País vasco peninsular, y aun muchas de las libres, no son más que fábricas de anafabetos que sentirán durante toda su vida el horror de las letras. De este punto, interesante, de la escuela primaria, trataré más extensamente en la segunda conferencia; baste decir por hoy que, dada su actual organización, en la mayor parte del País euzkeldun no sirven absolutamente de nada bueno, porque ni hacen, ni dejan hacer. Y no solamente no enseñan ni pueden enseñar, sino lo que es peor, destruyen y acaso para siempre, la docibilidad del alumno, a causa de hallarse informadas esas instituciones escolares por un espíritu absurdo que lejos de admitir la realidad de las cosas y de sujetarse a ella, trata de imponer unas concepciones pedagógicas apriorísticas y falsas que chocan en cada momento con todos los objetivismos.

Pero al llegar a este punto me doy cuenta, señores, de haberme excedido con mucho de la medida que me había propuesto para no fatigar vuestra atención, tan benévola como poco merecida. Claro que no está agotado el tema, ni mucho menos, y que en realidad no he hecho más que tocarlo someramente; pero no debo seguir solicitando por hoy vuestra cortés atención, para mí gratísima. Con la ayuda de Dios, y contando con que no me falten vuestro concurso y asistencia, volveré a desarrollar mañana algunos de los puntos interesantes que ofrece todavía este amplio tema.

SEGUNDA CONFERENCIA. -- SUMARIO.

RÁPIDA MIRADA RETROSPECTIVA.—DOS IMPORTANTES ASPECTOS DEL TEMA: LA CUESTIÓN DE LAS ESCUELAS, LA ACCIÓN DE LAS CLASES INTELECTUALES.— LA SITUACIÓN ESCOLAR EN EL PAÍS VASCO, Y ESPECIALMENTE EN EL PAÍS EUZKELDUM. — LAS ESCUELAS LLAMADAS «NACIONALES»: SITUACIÓN, EN ELLAS, DEL NIÑO EUZKELDUN.—CONDICIÓN «SINE QUA NON» DE TODA ACCIÓN EUZKERIZADORA. — EL EUZKERA, MATERIA DE ENSEÑANZA EN LAS ESCUELAS DEL PAÍS VASCO ERDELDUN: OPINIONES AUTORIZADAS SOBRE ESTE PUNTO.— EL MERITÍSIMO EJEMPLO IRLANDÉS: CIFRAS IRLANDESAS Y CIFRAS NUESTRAS. — LA ACCIÓN QUE SE ESPERA DE LAS CLASES INTELECTUALES: UN ENCARECIDO RUEGO A LOS JÓVENES ESCRITORES EUZKERISTAS. — NECESIDAD DE COORDINAR TODAS LAS ACCIONES INDIVIDUALES. — CUESTIONES PLANTEADAS QUE REQUIEREN INMEDIATA SOLUCIÓN. — NUESTRA FUTURA ACADEMIA.— DOS MODELOS DIGNOS DE ESTUDIO: LA ACADEMIA CRÓATA Y LA «LIGA GAÉTICA». — CONCLUSIÓN.

LA LUCHA POR EL IDIOMA PROPIO

SEGUNDA CONFERENCIA

Los que tuvisteis ayer la invicta paciencia de escucharme en este tema de «La lucha por el idioma propio», muy importante sin duda, pero también muy árido, y lo que es más, tratado por quien no puede mantener pretensiones a amenizar ningún punto de disertación—los que me hicisteis ayer el favor completamente inmerecido de prestarme atención, recordaréis que tratábamos de establecer primeramente los puntos de referencia, según los cuales puede plantearse, para nuestro pueblo euzkeldun, el problema del idioma propio. Comenzábamos, pues, por señalar en el idioma propio el rasgo exterior principal de la personalidad de un pueblo. Hacíamos notar a continuación el fenómeno, muy real y muy misterioso, de las reacciones de la palabra sobre la idea y el sentimiento que la engendran. A renglón seguido—y tras un breve paréntesis acerca de la distinción entre idiomas y dialectos—pasábamos a hacer observar la situación especialísima que el idioma vasco ocupa en todo el campo lingüístico, situación de una autonomía tan radical y absoluta que no puede presentarse en toda Europa otro caso ni lejanamente semejante. Señalábamos después la estrecha relación que la autonomía lingüística de un idioma guarda con la personalidad del pueblo cuyo propio idioma sea aquél, y deducíamos ya de ahí la imperiosa necesidad de conservar para nuestro pueblo esa tan marcada personalidad con el rasgo exterior principal de ella. Y sin detenernos ahí apuntába-

mos una necesidad mucho más alta, de carácter trascendente, cual es la de preservar a nuestro pueblo de la degradación moral, del reblandecimiento de carácter racial que según los unánimes testimonios históricos en diversos lugares y tiempos acompaña siempre a la pérdida por un pueblo de su idioma propio. Terminábamos con algunas consideraciones sobre la situación de ánimo, bastante crítica, del pueblo euzkeldun en la actualidad, sobre la urgente necesidad de poner remedio al actual estado de cosas, y hasta indicábamos algunas vías de reparación y rehabilitación.

Pero dejamos para hoy dos puntos importantes del tema, dos aspectos capitales del problema: la cuestión de las escuelas, y la acción de las clases intelectuales.

Si tratara yo de cumplir a medias con lo que os debo, que es la verdad entera, pasaría ahora como sobre ascuas por este punto de la instrucción pública en el País Vasco, y especialmente en el País Euzkeldun. Pero he dicho que os debo toda verdad, tal por lo menos como la aprehende mi inteligencia, y no pienso desfigurarla, alterarla ni omitirla. De consiguiente, sin acepción ninguna de personas ni de clases profesionales, diré la verdad y combatiré como pueda, no a las personas, sino el espíritu, el mal espíritu que informa la generalidad de nuestras instituciones escolares, tanto oficiales como libres o privadas.

La situación actual, en cuanto a la instrucción pública en el País Vasco, se puede resumir en pocas palabras: todavía carecemos de Universidad, no hablo de una institución superior de cultura e instrucción vascas, en lengua vasca, vivificada por un espíritu vazquizante, sino sencillamente de una de esas instituciones universitarias del Estado—análoga a las tres que posee la antigua corona de Aragón, a las dos que cuenta el viejo reino leonés, a la asturiana, a la gallega, a las dos andaluzas, a la murciana de reciente creación—una de esas instituciones oficiales, más o menos desorganizadas, donde pudiera, sin embargo, cursar sus estudios nuestra juventud, y recibir sus grados sin necesidad de salir de su propio País, sin esos forzados éxodos invernales de los que podría contar tantas cosas la mayoría de los padres de familia.

Tenemos, con todo, varias instituciones de segunda enseñanza, las que por clasificación administrativa nos

corresponden, y un gran número de escuelas primarias diseminadas por todo el País. Todas esas instituciones, además de los defectos de orden general de que adolecen —planes descabellados, falta de organización, etc., etc.,— presentan en nuestro País el carácter verdaderamente lamentable de instituciones, no solamente extra-vascas, sino antivascas. No digo que el personal docente esté animado de espíritu anti-vasquista: habrá casos en que sí, pero me consta que hay casos en que no. Lo que quiero decir es que la organización y la forma legal dadas por el Estado a esos centros de instrucción pública son completa y profundamente antivascas, de consiguiente perniciosas, porque pugnan con el carácter del País, tendiendo a deformar el espíritu y la inteligencia de los alumnos, a sustituir la verdadera instrucción por una enseñanza casi puramente mecánica, y de consiguiente, nula. Para el Estado, los vascos no existimos más que en la historia, mucho menos existen nuestra nacionalidad y lengua, que se halla totalmente proscrita de los centros de segunda enseñanza. Resultado: que el «euzkeldun», que es tan contribuyente como cualquier otro ciudadano, encuentra cerradas para él las puertas de la segunda enseñanza, mientras no aprenda la lengua castellana. Supongamos que la aprende, que llega a entender medianamente lo escrito en esta lengua: siempre quedará la dificultad de expresión del «castellanoide» que decíamos ayer, del irremediable «alalo», angustiándose por encontrar la forma de enunciación de las ideas que acaso posee bien, por dar forma oral a lo que probablemente ve de un modo claro su inteligencia y no acierta a enunciar su lengua a causa de las dificultades del idioma extraño. El caso no es fantástico, sino perfectamente real, y bastante frecuente. Yo lo he visto muchas veces en los tribunales de exámenes, y he sentido la compasión inspirada por el pobre muchacho «euzkeldun» que sabía los teoremas matemáticos y no acertaba a decirlos, y se defendía como podía, en la pizarra; trazando febrilmente fórmulas y figuras, queriendo probar que todo aquello le era conocido como idea, aunque no conseguía expresarlo con palabras, por la dificultad del idioma. Y estábamos en el tribunal dos «euzkeldunes» como él, y no podíamos decirle: «¡Euzkeraz csaiskuk, mutill!», porque la ley lo prohíbe. En casos tales,

esa ley es irracional e injusta. Esa ley debería modificarse en el sentido de autorizar en todos los Centros de segunda enseñanza del País Vasco, los exámenes en lengua vasca, previa solicitud del interesado, cuando dos miembros del tribunal conozcan esta lengua: este sería un firme paso en la gran obra de reparación y justicia.

Incomparablemente peor es la situación en las escuelas primarias. El espíritu de la organización oficial es aquí directamente antivasquista, y las cosas ocurren exactamente como si en la intención del legislador estuviera el matar en el espíritu de los niños todo afecto a la propia nacionalidad, y secuestrar las almas vascas de los infantiles alumnos, sustituyéndolas por otras modeladas según los cánones de la huera y seca pedagogía oficial. Repito que no voy contra el personal docente que a veces está animado de los mejores deseos; voy contra la organización que es desastrosa y que podría en nuestro País calificarse de populicida. El primer resultado de esa organización es que si en cualquier aldea euzkeldun, en cualquier anteiglesia de la montaña bizkaína se encuentra un solo hombre que desconozca el idioma vasco, ese hombre único será, con absoluta seguridad, el maestro de escuela; es decir, precisamente la persona que después del cura, más obligada debiera estar a poseer el idioma popular.

Esas escuelas oficiales, que ahora llaman «nacionales», sin duda por antífrasis, son aproximadamente la peor de las imposturas que el Estado ha implantado en nuestro País Vasco. Parecería natural y obligado que en esas escuelas, puesto que las pagan los vascos y son para niños «euzkeldunes», se enseñase siquiera a leer y escribir y a contar en lengua vasca. ¡Oh, nada de eso!..... Ya hemos quedado en que para el Estado los vascos no existen, ni su lengua, ni mucho menos su nacionalidad; en el corazón del País euzkeldun, en los últimos *auzos* enclavados en las escabrosidades del Pirineo vasco, la enseñanza primaria será exclusivamente castellana, o no será. Y, naturalmente, no es, porque no puede ser; de ahí el gran número de analfabetos, de ahí el horror a la lectura, de ahí la lastimosa situación de nuestros niños euzkeldunes que piden pan intelectual y no reciben más que un pedrusco pedagógico. ¿Qué atracción puede ejercer sobre el niño vasco una escuela donde está proscrita

toda referencia a la historia propia, toda palabra en euzkera, toda canción popular de nuestra raza, donde, por contera, se encuentra siempre, en una u otra forma, la institución odiosa del *anillo?*... El niño siente, respecto de la escuela oficial, la retracción instintiva que es el primer gesto, aunque involuntario, de la defensa nacional. ¿Y qué clase de pedagogía absurda, irracional y despótica es esa cuyos procedimientos se están aplicando en el País euzkeldum?

Oigamos una voz autorizada: «Instruir a los niños en una lengua distinta de la suya materna es una acción culpable.» Esto se ha dicho respecto de la escuela primaria irlandesa. ¿Quién se ha expresado con esa dureza? ¿Acaso algún *sinnfeiner* exaltado, o siquiera algún nacionalista de la fracción Redmond?—No, sino el profesor Atkinson, catedrático de Filología de la Universidad dublinesa, muy conocido por sus tendencias unionistas y anticelstistas, pero ante todo hombre sincero y amante de la verdad.

Y, en efecto, ved en los bancos de una escuela de las llamadas «nacionales», en País euzkeldun, las caras temerosas y semi-idiotizadas de los pobres muchachos: no entienden lo que se les dice, la palabra castellana no despierta ninguna idea en esos cerebros; inmóviles en sus bancos, no aprenden nada, no abren la boca. Llega la hora del ejercicio de escritura al dictado, por ejemplo: no haya temor a que el *pedagogus* abra, para dictar, los admirables *Otoitz-Gayak* del P. Mendiburu, ni el *Peru Abarka* del insigne bizkaino Mogel, ni el moderno y amenísimo *Garoa* de Agite, ni las bellas poesías de Aíese y Beitia o del otro Aíese, el tolosano, ni mucho menos *Ipuin aberrkoyak* de Aizkibel'daí Bingen: toda esta literatura vasca, que tiene su innegable valor, es absolutamente desconocida o voluntariamente ignorada tanto en las Normales como en las escuelas llamadas «nacionales». El texto de dictado, creo que obligatorio por la ley, es la sempiterna historia de Don Quijote de la Mancha y de Sancho su escudero, libro cuyos méritos no quiero discutir, pero que por su espíritu y letra está infinitamente distante de nuestra alma vasca, a la cual nada absolutamente dice, en la cual ni la menor chispa de calor, de entusiasmo ni de idealidad puede despertar. Todas las demás enseñanzas corren parejas con ésta. ¿Y a eso llaman educación, instrucción?...

Consecuencia de todo ello es que el niño, que según la expresión de Wordsworth, es «el padre del hombre», está no solamente mal formado, sino «deformado» por la escuela llamada «nacional». Y hay que decirlo también: las escuelas libres no son, en general, mejores que las oficiales: cometen las mismas faltas, adolecen de análogos defectos, de igual incomprensión de las necesidades reales, de la misma incapacidad de satisfacerlas. La Iglesia misma que en todas partes mira con cuidado preferente por la educación del pueblo, por su formación intelectual y moral, aquí, en el País Vasco, parece desentenderse completamente del problema. No hemos visto todavía en Euzkadi una institución religiosa de educación popular como los *Christian Brothers*, de Irlanda; pero en cambio no faltan colegios de religiosos—y especialmente de religiosas—que han ganado puesto de preeminencia, bien poco envidiable, entre los mataderos pedagógicos del Euzkera.

Es necesario, pues, acometer de frente y sin tardanza este problema de la instrucción primaria en el País Vasco, con reformas radicales que tiendan a adaptar esas instituciones a las necesidades vivas del País, a convertirlas de perniciosas en útiles, de contraproducentes en beneficiosas.

En el País euzkeldun, la enseñanza primaria debe ser puramente euzkérica, porque solamente así será provechosa y útil. La actitud de las Corporaciones, de los representantes en Cortes, de los particulares, frente a este problema, debe ser firme y decidida: si queremos seguir siendo nosotros mismos, si hemos de seguir siendo vascos algo más que de nombre, es preciso arrancar de los poderes públicos el reconocimiento del derecho que el pueblo euzkeldun tiene a ser instruído en su propio idioma. Cuando se piensa en el tesón inquebrantable que han puesto siempre los polacos en defender la escuela polaca—por mantener sus pequeñas diferencias lingüísticas con los rusos, diferencias que no superan a las que existen entre las lenguas española e italiana—cuando se compara ese magnífico tesón, que a veces ha sido heroico y ha producido mártires, con nuestra apatía, con nuestra dejadez, con nuestra imbécil indiferencia por los más altos intereses de nuestro pueblo, cuando se realiza esa comparación, creedlo, no queda uno muy contento de ser vasco. El caso es de los de vida o

muerte, de los de ser o no ser; y con todo ¡qué pocos son los que seriamente piensan en él!.... Pero no perdamos de cuenta que toda acción euzkerizadora que no tenga por base la escuela primaria es, por ello mismo, inútil y nula. ¿Qué valdría que poseyéramos una copiosísima literatura, si nadie hubiera de leerla? ¿Y cómo habrá lectores, si no se enseña a leer en la escuela primaria?

A todo trance, de consiguiente, a todo trance hemos de procurar la introducción del Euzkera en todas las escuelas primarias de nuestro País: como medio único de enseñanza en las escuelas del País euzkeldun, como materia de enseñanza en las del País Vasco erdeldun.

Este último punto—el Euzkera como materia de enseñanza en el País erdeldun—merece algunas explicaciones. Aparte de las consideraciones de carácter trascendente que se expusieron en la conferencia de ayer—aunque alguien las califique despectivamente de «sentimentales», como si lo sentimental no tuviera su gran valor en la vida—el Euzkera como materia de enseñanza en las escuelas erdeldunes del País Vasco tendrá un gran valor pedagógico. Profesores universitarios de alta reputación científica sostienen, en efecto, que el estudio simultáneo de dos lenguas, muy distintas por sus respectivos genios, puede tener una influencia provechosísima en la formación intelectual de los jóvenes, porque fomenta el desarrollo de las facultades de análisis y de comparación: tal es la opinión del profesor Dottin. El doctor Zimmer, de Greifswald, va aún más lejos. Hablando de la lengua irlandesa, como materia de enseñanza para los jóvenes irlandeses en las regiones de aquel país que han perdido ya la lengua materna, se expresa así el citado sabio: «Prácticamente, y desde el punto de vista de la literatura moderna, el conocimiento del alemán o del francés les será más útil, fuera de Irlanda; pero para la cultura completa y para la educación del espíritu, el idioma irlandés es por lo menos igual a los dos susodichos, y bajo varios conceptos muy superior, *porque es 'más característico y da más materia de pensamiento al espíritu*».

Si el valor de la lengua irlandesa, como materia de enseñanza, estriba en *lo característico* de aquel idioma y en los motivos de análisis y de comparación que el mencionado idioma ofrece, imaginad ahora cuán superiores son las con-

diciones de ventaja que nuestro idioma vasco presenta, sobre el irlandés y sobre cualquier otro, bajo esos mismos conceptos. Y deduzcamos, por tanto, el gran valor pedagógico que en manos competentes y diestras podría alcanzar nuestro idioma como materia de enseñanza, no sólo en las escuelas primarias del País Vasco erdeldun, sino también en los Institutos de segunda enseñanza de todo nuestro País. Personalmente, estoy convencido por propia experiencia y muchas veces reiterada, de que el valor de la enseñanza euzkérica, como gimnasia intelectual, como medio de desarrollar las facultades analíticas del alumno, puede igualar al de las disciplinas matemáticas.

Análogas enseñanzas se han implantado ya en las escuelas primarias y secundarias de países cuya lengua propia se hallaba mucho más decaída que la nuestra, pero cuyos poderes públicos no eran tan refractarios como los que padecemos aquí, a las innovaciones beneficiosas de este género.

Ejemplo: Irlanda. Esta isla tiene actualmente una población total de 4.500.000 habitantes. De ellos, solamente unos 620.000 son bilingües; de suerte que muy cerca de cuatro millones de irlandeses desconocen su lengua propia, y solamente hablan el inglés. La población bilingüe sólo alcanza, por tanto, a un exíguo 13 % de la población total: es bien poco. En cuanto a los irlandeses que desconocen el inglés, que solamente hablan su lengua propia, forman una insignificante minoría de 21.000 personas, aproximadamente unas 0,46 % de la población total. ¡Son cifras de una pequeñez casi irrisoria!..... Y con todo eso, desde 1878, la lengua irlandesa figura como materia de enseñanza en los programas oficiales de todas las escuelas primarias de la isla, programas organizados por las comisiones de instrucción pública del gobierno británico; y desde 1906, este gobierno ha establecido una retribución especial, un premio en metálico, a todo maestro por cada alumno que aprenda el irlandés. En el mismo año 1906 existían en Irlanda 2.551 escuelas primarias que enseñaban el idioma irlandés a 95.487 niños. El mismo año se habían solicitado 2.580 exámenes de lengua irlandesa en los centros de segunda enseñanza de la isla. Total: en cifras redondas, cien mil alumnos de primera y segunda enseñanza aprendían, en 1906, el idioma propio en las escuelas oficiales y libres de aquella isla.

diciones de ventaja que nuestro idioma vasco presenta, sobre el irlandés y sobre cualquier otro, bajo esos mismos conceptos. Y deduzcamos, por tanto, el gran valor pedagógico que en manos competentes y diestras podría alcanzar nuestro idioma como materia de enseñanza, no sólo en las escuelas primarias del País Vasco erdeldun, sino también en los Institutos de segunda enseñanza de todo nuestro País. Personalmente, estoy convencido por propia experiencia y muchas veces reiterada, de que el valor de la enseñanza euzkérica, como gimnasia intelectual, como medio de desarrollar las facultades analíticas del alumno, puede igualar al de las disciplinas matemáticas.

Análogas enseñanzas se han implantado ya en las escuelas primarias y secundarias de países cuya lengua propia se hallaba mucho más decaída que la nuestra, pero cuyos poderes públicos no eran tan refractarios como los que padecemos aquí, a las innovaciones beneficiosas de este género.

Ejemplo: Irlanda. Esta isla tiene actualmente una población total de 4.500.000 habitantes. De ellos, solamente unos 620.000 son bilingües; de suerte que muy cerca de cuatro millones de irlandeses desconocen su lengua propia, y solamente hablan el inglés. La población bilingüe sólo alcanza, por tanto, a un exíguo 13 % de la población total: es bien poco. En cuanto a los irlandeses que desconocen el inglés, que solamente hablan su lengua propia, forman una insignificante minoría de 21.000 personas, aproximadamente unas 0,46 % de la población total. ¡Son cifras de una pequeñez casi irrisoria!..... Y con todo eso, desde 1878, la lengua irlandesa figura como materia de enseñanza en los programas oficiales de todas las escuelas primarias de la isla, programas organizados por las comisiones de instrucción pública del gobierno británico; y desde 1906, este gobierno ha establecido una retribución especial, un premio en metálico, a todo maestro por cada alumno que aprenda el irlandés. En el mismo año 1906 existían en Irlanda 2.551 escuelas primarias que enseñaban el idioma irlandés a 95.487 niños. El mismo año se habían solicitado 2.580 exámenes de lengua irlandesa en los centros de segunda enseñanza de la isla. Total: en cifras redondas, cien mil alumnos de primera y segunda enseñanza aprendían, en 1906, el idioma propio en las escuelas oficiales y libres de aquella isla.

Comparemos ahora ese caso con el nuestro, esas cifras con las nuestras. Como en este País carecemos de estadísticas verdad, como bajo el dominio del Estado español, todo se falsifica, y primero que todo las estadísticas, como nadie se ha ocupado en Euzkadi de hacer un censo lingüístico, no sabemos a punto fijo cuántos son los vascos de lengua castellana exclusiva, cuántos son los bilingües, ni cuántos los de lengua vasca exclusiva. Este censo lingüístico se debería hacer inmediatamente, y creo que nos enseñaría muchas cosas; pero no habiéndose hecho, nos vemos forzados a atenernos a cifras prudencialmente aproximativas.

Población aproximada del País Vasco-peninsular: un millón de habitantes. Contando como euzkeldunes a casi todos los guipuzkoanos, a la mayoría de los bizkaños, a unos 80.000 nabarros y 10.000 alabeses, podemos contar, creo que como *mínimum*, unos 400.000 euzkeldunes, en este País Vasco-peninsular. De estos 400.000 euzkeldunes, unos 80.000 desconocerán probablemente el castellano, y tendremos, de consiguiente, 320.000 bilingües. Por tanto, las cifras relativas, son: 32 por 100 de bilingües, y 8 por 100 de euzkeldunes exclusivos. Como vemos, estas cifras relativas, que se dan como *mínima*, son muy superiores a las análogas de Irlanda. ¿A qué aguardamos, entonces, para implantar la enseñanza euzkérica en todo el País euzkeldun, para establecer el Euzkera como materia de enseñanza en todas las escuelas erdéricas de nuestro País?

Aguardamos, necesitamos aguardar todavía, a tener textos, libros, métodos y maestros.

Y aquí, en este punto, es donde yo quisiera lanzar un vibrante llamamiento a las clases intelectuales de nuestro País, y especialmente a nuestros jóvenes escritores euzkeristas que sientan el noble deseo de hacer labor útil, labor provechosa, a quienes nada importe lo oscuro, ingrato e ignorado de la tarea, con tal de saber que esa tarea ignorada, ingrata y humilde ha de ser de trascendental provecho para la Patria.

A los jóvenes escritores que sientan arder en el corazón la llama generosa del ideal me dirijo en este momento, deseando comunicarles la propia convicción, para decirles estas palabras:

«Sabed que la clave maestra de todo nuestro renaci-

miento es la escuela primaria: sabed que es preciso ganar la escuela primaria, porque con ella lo ganamos todo, y sin ella serán vanos todos nuestros esfuerzos. La labor preliminar de hoy para ganar la escuela primaria consiste en la preparación de textos, en la adaptación de métodos, en la formación de maestros. Hoy por hoy tiene infinitamente más importancia la composición de un silabario que la de un poema heróico. Nos interesa, hoy por hoy, muchísimo más la posesión de un buen texto elemental de Aritmética euzkérica que la de una Metafísica. Debemos, hoy por hoy, preparar con mayor cuidado la edición de un tratado de cosas, en lengua vasca, para los niños, que la publicación de una Enciclopedia. Porque todos esos libros elementales—el silabario, la Aritmética, el tratado de cosas—son de necesidad urgente, urgentísima; y es otros libros superiores—el poema, la Metafísica, la Enciclopedia—no lo son tanto».

Pero el impulso creador y vivificador de la escuela primaria debe ser sostenido desde arriba por la acción continua de las clases intelectuales del País, por el contacto incesante de una literatura vasca que ha de ir produciéndose simultáneamente. Hoy se publican pocas obras euzkéricas, porque hay pocos lectores: pero para cuando la escuela primaria haya formado masas de lectores, será preciso que éstos se encuentren ya con libros que leer. De suerte que mientras una sección de escritores, los más abnegados, los más entusiastas, se dedican a la labor difícil oscura y urgentísima de la preparación de textos para las escuelas, será necesario que todos los demás—tratadistas, literatos, técnicos y hombres de ciencias especulativas—vayan produciendo ese diluvio de los libros euzkéricos de todos los géneros que nos es necesario para que nuestra lengua se alce al nivel de las verdaderamente cultas, para rasgar con haces de vivísima luz, la oscuridad intelectual en que yace ahora el pueblo euzkeldun. Todo ello es hacedero si desde ahora mismo comenzamos a aunar nuestros esfuerzos, a coordinar nuestras acciones individuales, a organizarnos, a constituir con todas nuestras diversidades una unidad, un conjunto, una suma cuyo valor moral será seguramente superior a la suma de los valores morales de los sumandos, tomados individualmente.

Hay todavía entre nosotros los euzkeldunes literatos muchos puntos de divergencia que se pueden y se deben reducir inmediatamente. Como jamás se ganó ninguna gran batalla con tiradores sueltos que disparan cuando y como quieren y se van cuando les place, sino con espesas y macizas falanges, guiadas por un pensamiento común y que obedecen a una misma consigna, así también en este gran combate que debemos reñir por la lengua y el alma de nuestro pueblo, toda cohesión, toda organización, toda solidaridad y toda *entente* serán pocas. La organización nos permitirá además la división del trabajo, dedicando a cada uno a aquella especialidad en la que su acción pueda ser más eficaz y valiosa.

Tendremos que resolver, necesariamente, la cuestión de los dialectos, no en cuanto al uso oral y popular, sino en lo referente al uso literario. Todas las lenguas han necesitado proceder así en los comienzos de su renacimiento literario: es tontería pensar que la nuestra ha de ser excepción única. Pensar que un pequeño pueblo de medio millón de almas, casi analfabeto, muy poco aficionado a leer, pueda permitirse el lujo de poseer tres o cuatro dialectos literarios, equivale desde luego a negar toda posibilidad de culturalidad euzkérica. Esos tres o cuatro dialectos literarios no servirán más que para trazar el elocuentísimo epitafio del idioma común, víctima desdichada de tan nefastos lujos. Personalmente, no quiero sentir preferencia por ninguno de los dialectos vascos, quiero constituirme en estado de total indiferencia para con todos y me dispongo a aceptar cualquiera de ellos que sea designado por el acuerdo, si acuerdo hay sobre este punto; pero reconozco desde ahora que el renacimiento literario de la lengua está absolutamente condicionado por la adopción de un dialecto único y uniforme para lo escrito y aún para lo oral literario. Ninguna de las razones que se aducen para mantener la diversidad me ha convencido ni siquiera un poco.

Esá diversidad de dialectos, subdialectos y variedades, se han mantenido por dos principales circunstancias, que son: la falta de una literatura tradicional escrita, y el desdichado fraccionamiento político en que durante toda su historia ha vivido la nación vasca. No discutiremos ahora porque ni es este el lugar ni la ocasión es esta, si el Euz-

kera actual procede o no del choque, de la fusión y amalgama de dos distintos Euzkeras prehistóricos, uno más prepositivo que el otro, uno más sintético que el otro, uno más avanzado en su evolución que el otro; ni sé si es así, ni me interesa mucho, porque en verdad, estas inducciones prehistóricas o protohistóricas me dejan siempre en invencible recelo. Pero aunque así haya sido, aunque desde tiempos remotos hayan existido esas divergencias dialectales en nuestro idioma, es lo cierto que si desde los primeros siglos de la Edad media hubieran ido los vascos tomándose el trabajo de escribir su idioma, como lo han hecho todos los demás pueblos, hoy tendríamos ya un lenguaje literario completamente formado y uniforme, por lo menos en lo escrito, y no andaríamos tropezando a cada momento con esta falta absurda de estabilidad de las voces vascas escritas, que revisten infinidad de disfraces fonéticos, ortográficos y lexicológicos, según sean las plumas de las cuales broten. Hay quien encuentra admirable esa multiplicidad gráfica de las voces vascas; yo la creo un disparate, y la tengo por el medio infalible de aburrir al lector euzkeldun, y de hacerle huir de la lectura euzkérica como de una especie de logogrifo chino que cada día necesita distinta clave de solución.

Tendremos que resolver, asimismo, la cuestión de la fonética, optando por alguno de los sistemas diversos que se encuentran en el uso hablado, ya que una síntesis de todos ellos parece imposible. Tendremos que resolver, por ejemplo, la cuestión de las llamadas «mojaduras» o palatizaciones fonéticas, decidiéndonos, o por las semánticas o por las asémicas, puesto que los dos sistemas son incompatibles.

Deberá igualmente recaer algún acuerdo definitivo acerca de los pocos signos gráficos en los que todavía hay ambigüedades y divergencias.

Pero ante todas las cosas, la obligación primordial que pesa sobre todos los literatos euzkeldunes, es la de evitar el apetito de singularización que poco o mucho nos hostiga a todos. En literatura euzkérica contemporánea no hay ningún maestro, pero todos nos sentimos maestrillos: todos queremos dar alguna nota personal en nuestras producciones, y no en cuanto al fondo y asunto de ellas—que esto

sería laudable—sino en minucias gramaticales, fonéticas, gráficas, en cosas que en el mejor de los casos no pasan de magistrales cominerías—y en casos peores pueden ser hasta gravemente dañosas a nuestro renacimiento literario. Pero estamos en el caso de considerar seriamente el daño que de ahí se puede seguir a la causa de la conservación y difusión del idioma. Tengamos presente, por otra parte, que el Euzkera no es un ente de razón sobre el que domina exclusivamente la lógica absoluta, sino un hecho natural, no sujeto al omnímodo imperio de la razón pura. Ciertamente podemos y debemos depurar el idioma, despojándolo de sus agregados parasitarios, limpiándolo de las capas de noho producidas por el secular desuso literario; cierto que podemos y debemos restaurar lógicamente y con sujeción al genio de la lengua los mecanismos idiomáticos, que se hubieren perdido y activar el brote de los gérmenes vivos que aún contenga; pero en todo esto hay un límite prudencial que no debe traspasarse, no sea que con los agregados parasitarios arranquemos miembros propios del idioma, no sea que ciertas supuestas restauraciones nos lleven a alterar la estructura íntima del idioma, o a detenerlo en el ciclo de su evolución natural.

Todas estas contingencias y peligros deben movernos más y más a consagrar los elementos dispersos, a reunir los esfuerzos individuales; porque como se vé, son ya muchos e importantes los puntos sobre los cuales debe recaer inmediatamente algún acuerdo, algún convenio, alguna inteligencia. Y supongo que en este instante asomará a los labios de todos vosotros la palabra «Academia», como designativa de la institución destinada a realizar esa necesaria congregación, esa precisa coordinación de labores. Acepto la palabra con tal de que no evoque la idea de un dormitorio de siestas de la alta burguesía intelectual que entretiene sus ocios en poner y quitar acentitos sobre las vocales proposiciones y en otras cosillas de la misma trascendencia. La Corporación que nosotros necesitamos es cosa muy distinta de eso, es algo cuya acción eficaz y vivificante se deje sentir desde el primer momento. Si buscáramos modelos extranjeros, supuesto que las análogas necesidades han de exigir remedios semejantes, yo propondría el estudio de la organización y modo de funcionar de la Academia

cróata, fundada por el Obispo Strossmayer, y como ejemplo de sorprendente acción difusiva popular, la Liga gaélica irlandesa.

Es completamente imposible que entremos aquí en detalles numerosos y prolijos—entre otras razones por la principalísima de que cuento ya con muy pocos minutos del tiempo que debe durar esta pesada disertación—pero me permitiréis que exponga, con la brevedad posible, algunas noticias generales acerca de estas dos notables instituciones.

La Academia cróata se fundó para remediar en el pueblo de Croacia, relativamente a su lengua, instrucción y literatura, necesidades exactamente semejantes a las que en la actualidad se dejan sentir tan intensamente en este País Vasco, respecto de su idioma, de su instrucción popular y de su renacimiento literario. De tal manera, que las palabras con las que Monseñor Strossmayer enunciaba sus ideas y planes podrían punto por punto aplicarse a nuestro caso, cambiando solamente los nombres propios. Por ejemplo: hemos visto que en nuestro País euzkeldua la instrucción popular es deficientísima y casi inexistente, originando la posibilidad de que se malogren muy buenas capacidades intelectuales; el caso era el mismo en el pueblo cróata: «Señores»—decía en uno de sus discursos el Obispo Strossmayer—«soy hijo de padres pobres y sin cultura, y conozco por propia experiencia las dificultades de la instrucción. Y me doy clara cuenta de la importancia que para nuestra querida Patria tiene el poder dar a sus hijos los medios de que lleguen a un grado superior de cultura. En las diversas naciones latinas y germánicas, los grupos regionales están separados entre sí por diferencias más radicales que las que existen entre nuestros dialectos. Si esas naciones han conseguido vencer tales dificultades, y suprimir las diferencias y el desmigajamiento literario, también nosotros lo conseguiremos, y llegaremos a perfeccionarnos constantemente.»

En nuestro País Vasco, uno de los obstáculos principales del renacimiento literario es el fraccionamiento dialectal; exactamente el mismo caso se presentaba en la lengua cróata, y observándolo Strossmayer, trataba de reparar, en la Academia, este inconveniente, expresándose en los

términos que siguen: «Las naciones muy pequeñas no conseguirán poseer una literatura original, mientras no lleguen a refundir la diversidad de sus dialectos en una lengua escrita única. Todos los pueblos antiguos y modernos lo han comprendido, y han combinado los recursos más profundos de su idioma y de su genio para producir su literatura nacional.»

Racki, abnegado colaborador del Obispo Strossmayer, insistía aún sobre estas mismas ideas: «Nosotros los yugoslavos»—escribía—«estamos divididos en tres ramas por la lengua, en cuatro por la historia. Aún no hemos conseguido crear el sentimiento de la solidaridad de nuestros intereses generales. Disputamos acerca del centro de la acción yugo-slava, en lugar de tratar de conocer las fuerzas con las que podemos contar. Rebuscamos con fruición las diferencias dialectales en lugar de estudiar las riquezas del idioma común. ¡Es verdaderamente buscar tres pies al gato!»

Todos estos males habían de remediarse, a juicio de Strossmayer y de Racki, por medio del gran centro de unión y cultura, de acción y patriotismo que había de ser la Academia yugo-slava. Pero preveía perfectamente Racki que la actuación de este gran centro cultural sería casi nula ni no había de contar con recursos pecuniarios importantes, «porque»—escribía él—«si la Academia ha de trabajar y progresar, es imprescindible que sus secretarios se dediquen por entero a sus funciones. Por tanto, es necesario que la Corporación los pague suficientemente para que no se vean obligados a buscarse otras ocupaciones subsidiarias.»

Esta Academia, en treinta y cinco años de vida, lleva publicados 303 volúmenes que hacen un total de siete mil pliegos de composición tipográfica.

Menos erudito y mas popular es el carácter de la activísima *Liga Gaélica* de Irlanda. Esta institución de propaganda y acción por la lengua irlandesa no se ocupa de pura filología ni de literatura especulativa: su campo de labor es el terreno de los hechos prácticos, la aplicación de las doctrinas de renacimiento patrio integral fundamentado en el renacimiento del idioma propio. Trata de reconstituir un ambiente social nacional, trocando a la actual Irlanda des-

celtizada en una Irlanda que sea verdaderamente irlandesa por el corazón, por el espíritu y por el idioma. Fundada esta asociación en 1893, ya contaba en 1906 con 964 *ramas* o centros locales de actividad. Estas ramas locales tienen por objeto difundir la lengua irlandesa, hacer de ella un factor importante de la vida diaria en todos los órdenes sociales y, ante todo, organizar clases de lengua irlandesa dirigidas unas veces por profesores a sueldo del comité central, que hacen diversas *tournées* por todo el país, otras veces por aficionados locales que rinden un trabajo excelente, valiéndose de los métodos, cuidadosamente preparados, que los organismos respectivos de la Liga Gaélica proporcionan a sus adeptos.

La situación de esta Liga Gaélica popular, activa y propagandista, es florecidísima. Vende anualmente 200.000 ejemplares de libros y folletos en lengua irlandesa, reediciones de los viejos poetas del siglo XVIII, y nuevas producciones irlandesas en todos los géneros literarios. Los ingresos de esta asociación ascendieron en el ejercicio 1905-1906, a la cantidad de 5.000 libras esterlinas, dos mil de las cuales eran producto de venta de libros, y el resto de cuotas y suscripciones voluntarias.

* * *

He llegado, señores, al final de mi cometido. He procurado exponeros algunas ideas acerca de «La lucha por el idioma propio», no sin duda con la profundidad de concepto y la amenidad de expresión que vuestra benévola atención merece, sino sencillamente como puede esperarse de mis modestos medios intelectuales.

Y al llegar a este punto, y después de haber lanzado una mirada, por somera que haya sido, sobre la inmensa labor que supone la realización de este plan de lucha por el idioma propio, aun los de mejor templado espíritu no podrán dejar de preguntarse, aunque sólo sea por un instante: «¿Para qué?... ¿Para qué todo ese esfuerzo, todo ese trabajo, toda esa lucha?..... ¿No fuera mejor abandonar el campo de liza, dejar que las aguas sigan corriendo, cada vez más profundas, por cauces que han abierto las desdías y apatías seculares?»

No, señores. En realidad, el «por qué» se debe luchar por el propio idioma, explica también suficientemente el *para qué* de esa lucha, el valor de todos los trabajos que esa pugna supone, el precio y el premio de todos los esfuerzos que en ese sentido se realicen.

Bien sé que en estos días nuestros, todas estas palabras de «nación, patria, raza, propia personalidad, deber, ideal...» y otras semejantes suelen dar ocasión a desdeñosas sonrisas, a gestos de compasiva displicencia; pero esas palabras corresponden con cosas que son como las vértebras del mundo moral y que, de ser falsas, serían indicio de que todo es mentira sobre la tierra.

Lejos de admitir la vanidad de esas cosas, muy lejos de estimar superfluos los esfuerzos que tienden hacia ellas, soy de los que creen en la virtud del trabajo desinteresado, en la eficacia del abnegado esfuerzo por el ideal; soy de los que creen que de ese trabajo y de ese esfuerzo resulta siempre, cuando menos, una elevación de alma. Soy de los que creen, con Emerson, en la atracción que sobre nosotros ejerce todo lo que es grande y admirable; lo que únicamente puede flaquear en nosotros es la decisión de seguir nuestras aspiraciones y la constancia en mantenerlas.

Pero si amáramos realmente a nuestra raza y a nuestro pueblo, en lugar de buscar disgregarnos de ella y de él por dar satisfacción a los apetitos individualistas, sentiríamos que los momentos más felices de nuestra vida son aquellos en los que nos hallamos en comunión espiritual con nuestro pueblo y nuestra raza, participando de sus esperanzas y aspiraciones, percibiendo casi físicamente la asistencia de millares de antepasados cuya sangre hemos heredado y cuyas voces, que hablan en el fondo de nuestros corazones cuando nos sentimos vascos de verdad, nos incitan a defender, cueste lo que cueste, el patrimonio racial. Y nosotros, que a veces lamentamos desmesuradamente algunas pequeñas pérdidas de dinero, no nos resignaríamos tan fácil y estúpidamente a dejar escapar los tesoros que enriquecen el espíritu de nuestro pueblo, y creo que por defenderlos, por conservarlos, por aumentarlos, nos resolveríamos a dar y hacer todo lo que fuere necesario.
